

“My will is as strong as yours and my kingdom is as great. You have no power over me” Jim Henson, *Labyrinth* 1986, Entrevista a Ramiro Sanchiz

Andrea Pezzè
DOI: 10.26379/1777

Andrea Pezzè: Ramiro, eres autor de una vasta y heterogénea obra literaria.

Vasta en el sentido de que has publicado numerosas novelas, cuentos y ensayos. Entre las primeras, recordamos *01.lineal* (2008), *La vista desde el puente* (2011) *Trashpunk* (2012) hasta llegar a *El orden del mundo* (2014, 2017) que ganó el Premio Nacional de Literatura en Uruguay y las últimas *El gato y la entropía #12&35* (2015), *La expansión del universo* y *Las imitaciones*, ambas de 2019. Tus cuentos se publicaron en diferentes antologías, recuerdo las coordinadas por Hugo Achugar, entre los nombres más representativos de la crítica literaria y cultural uruguaya contemporánea. Y finalmente tus ensayos, que son reflexiones sobre algunos músicos uruguayos (por cierto, la música es una de tus grandes pasiones, por ejemplo, eres también autor de un ensayo sobre David Bowie). De hecho, tanto *Caída libre/La trampa* (2017) como *Guitarra negra/Alfredo Zitarrosa* (2019) tratan de músicos y piezas o LP musicales. Asimismo, tu obra se presenta diversificada, decía, ya que publicaste en diferentes soportes editoriales y ensayaste medios heterogéneos –recuerdo *Trashpunk*, que se publicó online de libre acceso, o bien muchos de tus cuentos que salieron en antologías. La primera curiosidad, relacionada también con el género literario que practicas más asiduamente –la ciencia-ficción– concierne al propio escritor y al medio por el que se mueve: ¿cómo ves la relación entre escritura y tecnología? ¿cuál es la relación hoy entre un joven escritor latinoamericano, que escribe géneros definidos “populares”, y la circulación del libro a nivel continental o global?

Ramiro Sanchiz: La escritura, para empezar, es una tecnología, y, como toda tecnología, produce subjetividades. Quienes (y cómo, y dónde) nos decimos qué somos es un producto de las tecnologías en circulación por el espacio global del tecnocapitalismo; la literatura, sin embargo, se erige casi siempre en el lugar del sedimento o detrito de una serie de subjetividades perimidas, buscando fundar un lugar de lo humano-trascendente por fuera de los circuitos y del sistema de producciones. Así pensada, la literatura ha sido siempre una suerte de aparato ideológico del humanismo, agenciando un gnosticismo de la trascendencia de lo humano con respecto, entre otras cosas, a la tecnología. A la vez, los procesos que nos fundan como sujetos en relación a la tecnología producen la emergencia de una estratificación entre el primer mundo y el sur global, entre periferias y metrópolis o centros y periferias, que trazan el campo o circuitería de circulaciones y flujos; así, nos producimos como sujetos que ensayan su “resistencia” o su “oposición” a lo que percibimos como el gran movimiento del capital global, y muchas veces nuestra literatura se acomoda en esos lugares de producción de significado. A su vez (y además de las polaridades más eminentemente políticas), esto comporta una serie secundaria de estratificaciones, por ejemplo la de los géneros y sus canales de circulación, y esa suerte de codificación de un “mainstream” dado en oposición o en alguna forma de tensión. Esa oposición, en los noventas, producía la idea del escritor de género (particularmente de ciencia ficción) como un sujeto que resistía en su gueto mientras la “gran literatura” marchaba por la ciudad letrada, indiferente a la ciencia ficción o incluso malevolente. Ahora eso parece

estar cambiando, sobre todo en la medida en que escritores pensables como cercanos a ese mainstream incorporan la ciencia ficción o el horror a sus escrituras; por otra parte, tantas veces sus lectores no reconocen esa escritura como “de” ciencia ficción u horror.